

LAS CUITAS DE MADAME GROGNEU

“Madame Grogneu”

TAMBIÉN ME LLAMO MARÍA.

Escribo en las mañanas porque es cuando estoy despejada y puedo entregarme con calma y todas mis energías. A veces sucede que mi tarea se prolonga hasta la noche o incluso deshoras de la mañana, pero solamente si el duende está alborotando o la víscera coopera para que me mantenga despierta.

Supe que mis padres me pusieron Adriana por el médico que atendió a mi madre cuando estaba esperándome. Se llamaba Adrián. Soy sietemesina y según me contaron, mamá estuvo muchas veces a punto de que no se lograra el embarazo; casi todo ese período se la pasó en cama. Hoy creo que esa historia me la contaba para que yo creyera que le debía muchísimo, pero en realidad no, no le debo más que lo que otros hijos le deben a sus madres: la vida y ya y eso porque ella quiso. En realidad nadie pide venir. Ni ella misma lo pidió, que yo sepa.

En la familia imperaron los nombres que empiezan con A. Mi hermano se llamaba Alejandro y mi hermana Alura. Aquí hay otra peculiaridad de la familia: a las dos nos antepusieron el María, pero nada más enseñaron a mi hermana a usarlo; a mí, aunque en mi acta de nacimiento viene María Adriana, me enseñaron que mi nombre era simple y llanamente Adriana. En este momento me está dando por escribir con mayúsculas algo que siempre ha sido verdad, que ha estado allí, como estuvieron presentes todos los problemas de la familia: TAMBIÉN ME LLAMO MARÍA, Y ASÍ COMO CARGUÉ CON ESE NOMBRE OMITIDO, PAGUÉ PLATOS ROTOS DE LAS OMISIONES DE PAPÁ Y MAMÁ.

Y efectivamente, una parte mía ha sido sistemáticamente ignorada por todos, hasta por mí. Es tan fuerte el hábito de negar el María que me asumo como una mujer que viene del mar, o de Hadria, una extranjera en esa familia en la que siempre me sentí distinta y me percibieron distinta, al grado que mi hermano me consideraba como una garza. Ese apodo me puso: “Adriana Garza”, hasta parece otro nombre. Las garzas vuelan. A él lo apodaban “Cerdorino” y a mi hermana “Burrilú”.

Para pertenecer a... tienes que ser como..., dice una regla por ahí, y creo muy bien que funcionó en esta hermandad en la que no fui admitida porque no era cuadrúpeda.

María es nombre hebreo. Quiere decir la elegida. María Adriana sería algo así como la judía que viene del mar, la elegida para servir de atrio, de puerta de entrada hacia no se qué lugar. Solo recuerdo un sueño en el que me veía platicando con mi hermano, él era 5 años mayor que yo y lo veía de 20 años y yo de 15. Y lo escuché decir: "Por políticas de la familia, tú vas a ser la recogida". Y es verdad: viví la vida del paria.

Es paradójico. Mi hermano fue el primer pariente que me dijo que ya nadie me quería, pero fue el único en la familia que me puso un apodo decente. Mamá me decía "Chiporreta", según ella porque nací de chiripa o a veces "Vizcorneta", porque tengo estrabismo. Con esos apodos me sentía muy mal, como si yo fuera un objeto aporreado, deforme, echado a perder, de a tiro ya para la basura.

Mi nombre no me gusta, pero he aprendido a aceptarlo. Creo que es como el color de piel con el que se nace. No se tiene otro, y viéndolo bien, tampoco es feo; pero he tenido oportunidad de alterarlo y creo que me gusta más la alteración. Mi primer libro lo firmé con el seudónimo "Agriana Falaz Herrández" y siento que ese apodo es más mío que el María Adriana Salas Hernández.

No se si mi nombre tenga algún olor, pero el texto huele a azufre, a veces se va transformando y es un olor delicioso, como si se estuvieran tostando chiles. Entonces huele bonito, pero hace llorar.

LOS TRES GUIJARROS

Nada sale como uno lo planea, era el enunciado favorito de mamá. No sé después de cuántas veces que se lo oí decir empecé a pensar que no tenía caso plantearse metas. Según yo, no quería vivir una vida rígida y cuando cumplí diez años ya tenía más que grabado que tener propósitos era ponerse estorbos.

La verdadera marca de ese dicho la siento hasta hoy, después de un poco más de mil sesiones de terapia. Cuando era niña, (9 años) tenía un álbum de historia de México. Las estampas que me quedaban repetidas las guardaba y llegaron a ser como una baraja. Jugaba con ellas a que ponía dos al derecho y una al revés. Después de mucho tiempo de jugarlas las conocía tan bien que podía profetizar en dónde iba a quedar cuál y, sobre todo, descubrí que podía decidir cuál estampa quería que saliera y cuál no.

Eso contradecía la máxima familiar. Deseché las estampas ese mismo día. Olímpicamente las tiré a la basura después de que habían sido por más de un año mi juego favorito. Ya había aceptado que en la vida, para que las cosas me salieran, tenía que hacerlas a troche y moche, sin planearlas, y si las planeaba era con la condición de que no me salieran.

Lo bueno y lo malo a la cara sale, era otro de sus principios. Entre más lo recuerdo más clara veo la cara de fuchi con la que siempre me miraba. Con el pelo chino y corto, más parecía un capataz que una madre. Cuando trabajaba en su consultorio, la bata y los zapatos blancos con antiderrapante le daban un cierto aire de monja o mujer policía. Nunca entendí qué le vieron sus pacientes. Creo que confiaban en ella precisamente porque no vivían con nosotros, no conocían, como ella también decía, *el otro yo del doctor Merengue*.

En esa época tuve la manía de buscarme a cada rato en el espejo. A veces, me costaba trabajo reconocerme porque no veía siempre las mismas facciones. No sabía en realidad cómo era físicamente; las tías me decían que bonita, pero mi rostro no me gustaba, más bien me parecía feo, sentía que esa no era yo, y las pocas veces que me acepté, lo hice con miedo de que no durara la belleza más que un ratito. Me devastaba saber que después volvería a contemplar por semanas y

semanas, el rictus amargo de siempre. Hasta la edad adulta tuve la capacidad de reconocer que ambas caras eran la mía.

Paliza de órdago, eran otras palabras que muy seguido le escuchaba. A medida que crecí las fue diciendo cada vez menos. La última vez que la vi ni siquiera las mencionó, como si nunca las hubiera conocido y mucho menos pronunciado, pero yo, nada más con su presencia, sentía unos retortijones de órdago.

Era raro que nos quisiera explicar, a mis hermanos o a mí, qué quería decir alguna palabra de las que usaba. Siempre nos decía que nos fijáramos con qué tono la decía, con qué otras palabras, y así podríamos deducir el significado. Las cosas de órdago no siempre eran palizas, pero ninguna era bonita.

Y cómo iban a ser, si la palabra tiene que ver con *Ordalía*, que en la Edad Media era como se llamaba una forma de ejecutar a los sentenciados por la Inquisición. El método consistía en someter al acusado a una serie de torturas de las que debía salir ileso para confirmar su inocencia. De acuerdo con los tribunales de entonces, si eso sucedía era porque Dios estaba indicando que el inculcado no merecía ese trato y debía ser exonerado.

Hace unos dos años, llegó a mis manos un Diccionario de Expresiones Malsonantes del Español y encontré la palabra *órdago*. Me dolió encontrar en un diccionario de groserías una palabra que tanto me impresionaba por venir de quien venía y prometer lo que nos cumplía. La certeza de que es una expresión que se usa en los arrabales de España francamente hirió mi vanidad, pero también hiere mis sentimientos asistir al hecho de que mamá nos dio una infancia de órdago a mis hermanos y a mí por la simple razón de que descende, como hija de criolla, de la gentuza de allá.

Al escribir este texto, me he dado cuenta de que está saliendo mi madre, el ser que me dio la vida y al que le guardo más resentimiento. Antes de cumplir 30 años, llegué a la conclusión de que nada más hay dos tipos de mujer que no le guarda rencor a su madre: la mentirosa y la huerfanita. Yo no soy de esas.

Quizá sería pertinente poner aquí de dónde me viene la inclinación a escribir, y sale a relucir mi padre. Él me inculcó el gusto por la lectura y aunque se lo agradezco, no dejo de ver que lo hizo por conveniencia. Si yo me enfrascaba en un

libro de cuentos, ya no hacía preguntas incómodas. Aunque para ser sincera, en casa, preguntar la hora bastaba para incurrir en una indiscreción mayúscula.

Mamá nunca dejó que tratáramos a los familiares de papá, y por esa razón es hasta ahora que rebaso el medio siglo, me he enterado de que, por el lado paterno, desciendo de una serie de escritores que se remonta a la época de la Primera Guerra Mundial. A quien conocí de ellos es a un primo hermano de mi padre, que es sacerdote jesuita y se llama Carlos González Salas, cronista de la ciudad de Tampico. Mi papá era de allá.

Con mi padre también estoy resentida. Entre otras cosas, porque por un lado, me decía que era inteligente, que podía tener, dicho con sus palabras, “una cultura humanística padre”, pero por otro lado, me golpeaba cuando no daba una en matemáticas. A veces hasta creo que le hubiera frustrado que alguna vez sacara una calificación decente en esa materia, porque entonces, no habría motivo o más bien pretexto para los golpes.

Otra cosa que no pude entender sino hasta hoy, fue que no nos rescatara, ni a mis hermanos ni a mí, de las garras de mamá. Y lo escribo así, porque así lo vivimos. Un médico psiquiatra le dijo que su esposa tenía esquizofrenia y que lo más conveniente era que se divorciara, le quitara la patria potestad sobre nosotros y que la dejara, que nos llevara consigo a otro lado a iniciar una nueva vida y no lo hizo. Argumentó que “no podía hacerle esa *jijez* a una pobre mujer que estaba hospitalizada”, y con ello nos condenó, a mis hermanos y a mí, a una vida de sinrazón que no teníamos por qué padecer.

Con los años entendí que el verdadero motivo que tuvo para ello fue que, afectivamente, no éramos sus hijos, sino “el pinche ganado de la buscona esa”, que se le había entregado antes del matrimonio para poder titularse de cirujana dentista, cosa que la abuela y las tías no le podían o no le quisieron ayudar a costear. Él fue el amante patrocinador de la segunda mitad de su carrera y fue motivo más que suficiente para que los parientes políticos, es decir los abuelos paternos y por ende los demás, no nos aceptaran.

Mamá fue díscola. Ante nosotros se presentaba con un aire de superioridad, de rigor moral a toda prueba, de ejemplo de mujer liberada y feminista, que tenía

una profesión y que al mismo tiempo se desempeñaba como esposa, madre y ama de casa, ¡la gran admirable! ¡Chiflaba, bailaba y cantaba al mismo tiempo!

Hoy puedo contemplar que esos aires de grandeza nada más transmitían un mensaje: “A ustedes no les importa lo que yo haya tenido que hacer para ganarme mi título, pero sí van a pagar los platos rotos de todas las broncas que tuve por eso y que no supe resolver.” Para ella tampoco fuimos sus hijos, sino más bien la secuela de una chamba desagradable que tuvo que hacer para subir, de ser la simple hija de una fritanguera, a ser toda una profesional, ¡en un trabajo que allá, en la España antigua, ejecutaba cualquier pinchurriente barbero! ¡La cenicienta grotesca!

Verla así, como princesa de pacotilla, o como mala persona, me ayuda a sobrevivir, pero también me ha impedido recordar que de niña ganó un concurso literario. El libro que obtuvo de premio lo conservaba como uno de sus bienes más queridos.

COLINDANCIAS

A los hombres de la casa, nunca les ha gustado pasar mucho tiempo con nosotras. Creo que han registrado en sus cabezas que nuestra compañía es en realidad un territorio hostil.

Siempre he pensado que papá, mañosamente, agarró un trabajo que lo obligara a viajar, de ese modo ni se enteraba de que a veces a mis hermanos y a mí nos llovía sobre mojado; pero el que sí se voló la barda fue Don Albino, marido de mi abuela materna.

Ella conoció a su príncipe azul cuando tenía dos hijas, cada una de diferente padre, cosa que era un escándalo en los fabulosos veintes del siglo pasado. En aquel tiempo, los hombres solían hacer alardes bondadosos y en un impulso más caritativo que sexual, dado que le doblaba la edad, los abuelos se casaron y él reconoció a las niñas.

Al anunciarle su esposa que estaba embarazada, comprendió que había cometido el error de su vida. Por haber hecho un favor, le estaban cargando más bultos. No se tentó el corazón. Fue directo y a la cabeza: murió tres meses antes de que naciera la dulce niña que después se convertiría en la iracunda mamá de mis hermanos. Yo decidí que no quería tener madre.

Confinada a los libros por una astucia paterna, empecé a crearme un mundo de fantasías en el que la literatura, el saber humanístico, eran el único nexo que tenía con la realidad. Para mí la escritura es, por lo tanto, el lugar fronterizo entre el querer y el hacer. Letra viva o letra muerta, pues de todo hay archivado en mi cajón.

Tengo el nombre limítrofe por antonomasia. Sin darse cuenta, una compañera de trabajo lo decía cuando imitaba el habla de los gringos que tartajean el español y me llamaba "Atriana". Mujer del atrio, hembra que marca el fin de un espacio y principio de otro en la cosmogonía familiar.

En la infancia, ser fronteriza fue parte de un sueño, alimentado por la voz entusiasmada de mi padre al mencionar todos esos lugares que conoció durante sus viajes. Era la emoción de contemplar el otro sitio desde dentro, o el adentro desde afuera, pero traía aparejada la no pertenencia, tomar en cuenta las reglas del

juego, con la consigna de no respetarlas. En suma, ser intrusa, pagar cara la osadía de conocer el acervo de los grandes, rigurosamente ocultado a los pequeños.

Años después, en las primeras sesiones de terapia, el profesor Javier me dijo con aire de burla y suficiencia que leyerá todo lo que pudiera encontrar acerca de la personalidad fronteriza. No le hice caso.

Una vez hablé con ese doctor acerca de mi padre. Hoy me sorprende que haya podido enunciar tantas cosas que me caían gordas de él. No entiendo cómo le hice para observarlo, ni supe si me dolieron más sus cinturonzos porque no daba una con mis tareas de aritmética o su ausencia. El hecho es que le pregunté al profesor si la aversión que sentía hacia mi padre era porque yo tenía en realidad esos mismos defectos que tanto me irritaban.

Me respondió que estaba en lo cierto, que todos odiamos en el otro el defecto que no podemos corregir en nosotros mismos, y remató su discurso con cinco palabras: "tú tienes mucho de *border*".

Cinco palabras que podían haber sido tres, pero él no era diferente de mi padre en materia de sacarle la vuelta a cualquier compromiso. No en balde se enamoró de mí, pero esas son palabras para otra cuartilla.

Hasta ese momento, sabía de las fronteras entre países, entre estados de la República, pero una personalidad de tal índole, sí que era un concepto novedoso.

A raíz de esa plática, ser fronteriza fue la confirmación de que soy tonta y no entiendo nada de la vida, era algo que estaba allí, inextricable, omnipresente y difuso, era tener la facultad de contemplar varias cosas al mismo tiempo, separarlas por conveniencia y nunca dar en partes iguales.

Se reveló en toda su crudeza el mundo de las apariencias, dejé de ser una sola y fui muchas, es decir, me dividí, o más bien dicho me cloné, porque finalmente venía siendo igual de desagradable con todo el mundo.

Alguna vez me dijo un compañero de trabajo que yo, con hombres y con mujeres era exactamente igual, y es así hasta la fecha. Por eso no llegué a diferenciarme de las demás mujeres de la familia, a pesar de que las desprecio tanto.

RECUERDOS FLEJADOS Y REFLEJADOS.

Ahora es cuando me estoy viendo, pero no tengo un espejo completo, luego entonces, estoy viendo pedazos de mí. Completamente desnuda. No puedo quejarme, es un cuerpo muy semejante al que tuve cuando era joven, solamente con los senos caídos, pero el estómago no está flácido a pesar de que tengo el vientre abultado; eché panza desde que era una niña.

Están mis estrías, las estrías de una maternidad que no pedí y que nunca acepté. Creo que lo peor que puede pasarle a un ser humano es nacer mujer. Siento que estoy exactamente igual que cuando era joven, lo que pasa es que, la marchitez que tenía por dentro ahora sí está saliendo, ahora sí es aceptable, porque cuando era joven eso no podía ser, una tenía que verse bonita y ser bonita a fuerza, lo que estoy viendo es, prácticamente el mismo cuerpo que vi cuando era joven. Vi lo mismo, es más, vi que, con la edad, está saliendo lo que antes estuvo escondido. Pienso que es una injusticia y sólo siento frustración, pesadez. Ser mujer es lo peor que me pudo pasar y más en una familia como la que me tocó.

¡Qué chistosa es la pobreza! Te sientes descubijada y no te puedes ver tal cual. Sin un espejo completo se ven retazos de mí. Voy uniendo poco a poco este rompecabezas. Repasar mi cuerpo es volver a ver mi vida, es re sentir la impotencia ante una maternidad que no esperaba y que nunca acepté.

Vuelvo a subir el espejo, aparecen los senos caídos, estiro el brazo y obtengo una vista panorámica hasta el vientre abultado. Entonces aparece una niña de seis años desnuda, angustiada, regañada por su madre, pues qué panzota era esa. El ruido del agua que sale de la regadera confunde las palabras insultantes y el vapor desdibuja la cara rechazante, pero no acolchona los golpes.

Hago el brazo para atrás y la rústica pantalla enseña la curva de la nalga. Esa parte sí me gusta. Probablemente a ellos también les haya gustado. No se, igual ni fue para tanto. A veces creo que se acercaron más por espíritu fregativo que por ganas de follar. Prefiero la cara porque siempre esta ahí para que la vea reflejada en cualquier espejo o cristal hasta de la calle. Sin maquillaje es mejor.

LAS CAVERNAS.

Carta de Adriana a su matriz.

Querida matriz:

Bueno, eso de querida es un decir, porque, realmente, de ser la parte más odiada de mi cuerpo empiezas a ser tolerada hasta ahora que anuncias el fin de tu funcionamiento.

Has sido para mí una fuente de problemas. Comenzaste con tu página roja mensual en el momento menos esperado; cuando todavía no ganaba mi dinero y dependía de mi familia para todo. Por tu causa, pedir un simple Kotex era una temeridad; preferible robar dinero o hurtar los algodones de mi madre o de plano destruir toallas. Y aún así, me la pasaba de pie lo más que podía aguantar. Me convertiste en madre cuando la gente que me rodeaba estaba empeñada en tratarme como niña.

No me diste chance de saber qué cosa es lo normal y decente para relacionarse con los hombres, ni siquiera supe cómo ser la otra de un casado o una más en la lista de un Tenorio, porque antes de que pudiera acostumbrarme al hecho de que tenía pareja, ya era hora de asumir que me habían dado el esquinazo.

Pasé años sintiéndome culpable hasta que reparé en que la mayoría de los hombres inventan etiquetas para no comprometerse con nosotras. Quieren hijos, pero no los reconocen o los aceptan de mala gana. Contratan prostitutas y buscan el modo de no pagarles. Toman esposas y no las atienden, o les recriminan sus defectos para sentir que ellos no tienen debilidades. Todo esto ocurría ante tu indiferencia. Continuabas jugando el rol en mi organismo, dotándome de una apariencia que me hizo recibir más insultos que piropos, y de nada sirvió dejarme engordar, no arreglarme, agriar el carácter. No tuve escapatoria.

Lo más frustrante es que ahora me doy cuenta de que en realidad no era necesario que me afeara. Cuando empezaste a mandar la menstruación era una chiquilla gorda, desgarbada, con un tic nervioso por los problemas que había en la casa. Además usaba unas gafas con armazón grueso que me hacían parecer lechuza. Tenía la frente, la nariz y la barbilla como empedrado, por el acné. Para cerrar con broche de oro, hablaba sola. ¿Quién podía fijarse con seriedad en una chava de semejante aspecto?

Afortunadamente pude amarrarte las trompas porque si no, en lugar de recibir de vez en cuando los mails de una sola resentida, tendría que leer los de dos o tres. En realidad nunca pude ver cuándo era tu turno para ser y estar en mi cuerpo, y no puedo tener claro si con la salpingoclasia en verdad te protegí o nada más te castigué.

Comprendo que para ti no debió ser fácil fungir como la matriz de Adriana, así que ahora que te estás despidiendo, que volverás a dormir como dormías cuando era niña, te deseo de todo corazón que descanses, que sueñes, si puedes soñar, con un mundo libre de angustia, donde la misoginia no exista más.

Sin otra cosa que decir salvo las gracias por darme una identidad, me suscribo.

Muy atentamente:

Adriana.

Respuesta de la matriz a Adriana:

Muy señora mía:

Acuso recibo de su última con fecha indefinida, como todo lo que usted escribe.

Estaba acostumbrada a sus incoherencias. Francamente, hacía mucho que no la oía renegar. Ya estaba a punto de investigar qué pasaba y me encuentro con semejantes líneas.

Contra todo lo que usted pueda suponer, siempre me supe aceptada y en el diálogo que sostuvimos cuando se estaba formando ese bebé que ahora es la resentida que le escribe, percibí en su persona más asombro, incluso alegría, que miedo.

En realidad usted nunca rechazó a su hija, resintió el tratamiento gazmoño y envidioso que le dieron los que estuvieron cerca. Lamentablemente ambas éramos jóvenes y no pudimos con la avalancha de recriminaciones que nos cayó, además en ese tiempo me tuve que encargar de convencerla de algo que no le podían hacer entender ni su cabeza ni el corazón. ¿Se acuerda del zafarrancho que armó en el Seguro Social? ¡Con tres o cuatro punzadas que le mandé tuvo para darse cuenta de la injusticia que cometía consigo misma siendo tan enojona!

Como puede ver, he tenido parte activa en su razonamiento. Lo que no hablo con usted, lo he trabajado con su materia gris y la víscera cardiaca. En buena parte me debe el éxito que ha tenido en sus terapias y lo reconoce, cosa que me confirman los últimos párrafos de su misiva y que me causa regocijo.

¡Y por favor, ya mande al tiradero su sentimiento de culpa! Con haberme ligado en realidad me protegió. Si hubiera sido la matriz de otra mujer, estaría para la basura. Gracias a su rigidez no estoy golpeada por los abortos ni tengo cicatrices de enfermedades venéreas. ¿Pero cómo quería conservar hasta el himen? No debería ser tan exigente.

Respecto a lo que me reclama de la página roja mensual, no tengo la culpa de que le haya tocado ser hija de una familia tacaña que sólo quería castrarla. Felicidades por no haberse dejado: aprovecho la presente para informarle que está completa.

Extrañé sus imprecaciones de antaño, pero me dio gusto recibir sus líneas. Créame que la aprecio. En la juventud censuró casi todos mis mensajes y no la culpo. La civilización que nos tocó desprecia lo femenino y odia la sexualidad. Me queda claro que eso usted no lo inventó y me consta que tampoco se regodeó en

ello. Si en verdad no me hubiera querido como parte de su cuerpo, estaría fuera desde cuándo. ¿Para sus pulgas?

La conozco muy bien y estoy de su lado. Comprendo porqué una semana placentera con un hombre no valió ante la deuda atrasada del recibo telefónico. Porqué un ramo de flores o una caja de chocolates le prenden el foco amarillo en lugar de hacerla sentir halagada. Yo también buscaría un pretexto para huir si el galán me contara que golpeó a su ex mujer o si no tuviera forma de saber cómo trató a sus tres últimas parejas.

Déjeme decirle que a todas las matrices nos disgusta que nos obliguen a ser huevonas. A mí me salvó la conexión que usted estableció con la mente y el corazón. Eso me dio la oportunidad de conocer una forma de vida que pocas colegas conocen y por ello le vivo agradecida.

Y no me voy a dormir. No se haga ilusiones. Aún después de la menopausia, puedo generar mucho bien para usted y voy a encargarme de que se convierta en una anciana sabia, no importa que haya sido una niña medrosa y una joven inadaptada.

Le mando un abrazo.

Su amiga y segura servidora:

Matriz.

SINIESTRA

Aprendí a escribir con los métodos de las escuelas de los sesentas en el siglo pasado. Hoy me recuerdo de niña, en el kínder. Estábamos quietos, mirando cómo dibujaba las letras del alfabeto el compañerito que ya se las sabía todas. Sentí el impulso de copiar los caracteres y al momento de tomar el lápiz, recibí un manazo en la mano izquierda.

En la primaria, Azela nunca tomaba el dictado con la mano derecha. La critiqué pero ella se defendió. “Yo soy zurda”, son palabras que todavía suenan en mi mente y que con los años fueron cobrando significado porque fui descubriendo que encerraban un regalo para mí.

En casa, mamá exigía que ensartara una aguja. Con toda el alma quería dejar de ser una idiota, pues ese calificativo lo recibía porque el hilo no entraba, hasta que mi carcelera de lujo se descuidó. Entonces cambié, dirigí el hilo con la izquierda y la aguja quedó ensartada. De inmediato me puse a coser.

A los quince años me divertía leyendo los encabezados de los periódicos que los expendedores ponían al revés. Reparé en que no me costaba trabajo encontrar revistas colocadas de cabeza. Así aprendí una estrategia de presión que parecía inofensiva: de ese modo conminaban al lector inoportuno a comprar el material, pero yo tenía el poder de leer las revistas como las pusieran. Una compañera de la prepa me dijo:

—Si puedes leer así es porque eres ambidiestra.

—¿Aunque no escriba más que con la derecha?—, le pregunté.

—Eso no importa. Los que tenemos la predisposición, somos ambidiestros aunque no nos eduquen para desarrollarlo.

Regresé a casa perpleja. Entonces ya sabía que para exprimir un trapo durante las faenas de limpieza, tenía que poner la izquierda por delante. Si hacía lo contrario el trapo no quedaba bien. Seguía ensartando las agujas con la izquierda y

cuando cruzaba los brazos me sentía mucho más a gusto si el brazo izquierdo quedaba encima.

Tuve problemas con aritmética y matemáticas. Siempre alimenté curiosidad de por qué con la izquierda no, en todo lo que se refería a actividades que requieren precisión. El lapso comprendido entre mis cumpleaños 27 y 28 fue un tiempo difícil. Decidí que mi curiosidad se vería satisfecha ante la desaprobación general. Dormía 12 horas diarias, perdí dicción, me volví tartamuda. Todo mundo, alarmado. Hubo quien dijo: “En cuanto esa muchacha se case, terminarán las inquietudes raras”.

Como el galán les urgía más a ellos seguí practicando y poco a poco recuperé mi tiempo de sueño, cedió la tartamudez y la dicción regresó. Aprendí a escribir de zurda, y la letra que tengo es como la que tenía en primaria, antes de desarrollar la llamada “Palmer”, que me salió hasta que iba en quinto de primaria.

Sé que nunca voy a tener con la izquierda una linda escritura, pero es legible y puedo tomar dictado, puedo registrarme en la recepción de una dependencia aunque traiga la diestra atiborrada de cosas, la vida en ese sentido se me ha vuelto muy cómoda. Puedo adaptarme a cualquier espacio.

Crucé la barrera que me pusieron. Ahora disfruto lo que es legítimamente mío poniéndome a escribir de zurda cuando tengo algún problema y no puedo hallar la solución. Parece magia, pero creo que mi mano izquierda es genial.